

Lo que el animismo significa, en consecuencia, es el verdadero dinamismo, el vitalismo verdadero; monodinamismo por virtud de los principios animistas, que expuestos quedan; vitalismo porque, según en otro lugar hemos demostrado, (1) estos principios constituyen la escuela vitalista por excelencia, el único vitalismo racional, psicológico y fisiológico, porque dicha actividad ó fuerza es el alma, y el alma es el principio vital, *forma substancial* de cada individuo viviente. Fuerza, alma, principio vital, *forma* del sér, que ni es producto de la organización, ni de la materia mineral, ni de la especificidad de tejidos, ni de la composición química, ni de la histológica, ni de las fuerzas físicas transformadas por los órganos; fuerza, principio vital y alma, que, así como es diferente de la materia, es también diferente en los diversos reinos de la naturaleza animada, como la Cosmología enseña, y acaba de probarnos el estudio psicológico de la actividad anímica, ó principio vital del hombre. El alma racional, pensamiento y vida por la esencia y naturaleza de la persona humana; el alma racional, una, como verdadera forma substancial de nuestra vida, simple por su esencia, múltiple por sus facultades, por las diversas fuerzas correspondientes á su actividad substantiva, como principio de diversas operaciones; de la vida vegetativa y de la vida sensitiva, pero no

(1) Psicología Celular, págs. 81 y 254.

por acto de las facultades racionales, no por operación intelectual. *Licet anima sit forma simplex secundum essentiam, est tamen multiplex virtute, secundum quod est principium diversarum operationum*, enseña la doctrina antropológica de Santo Tomás, verdaderamente sabia é irreformable en sus grandes principios.

Pero aun cuando la expuesta es la única propia significación del vitalismo y de la doctrina vitalista, genérica y aplicada; aun cuando no es cosa infrecuente que se llamen vitalistas cuantos no consideran la vida como puro efecto de la organización, de la materia mineral, ni de la supuesta especificidad de cierto orden de tejidos ó de la combinación química de los elementos carbonados, si bien no llegan á más positiva doctrina, como sucede con no pocos médicos defensores del vitalismo por oposición al materialismo, al organicismo, al quimismo, al mecanicismo universal (1); del vitalismo existe otra acepción, otra interpretación de la vida; precisamente errónea por ser contraria al animismo.

En este sentido, el *vitalismo antropológico*, así lo denominaremos porque tal sistema se ha engendrado y se defiende para la explicación de la vida humana, rechaza el principio fundamental del animismo, del monodinamismo antropológico, afirmando la existencia en cada hombre de *dos principios* diferentes de nuestra vida; el *alma ra-*

(1) V. La Psicología Celular—ibid.

cional, causa de la vida psíquica, y el *principio vital*, causa de la vida orgánica; de aquí el nombre de *duodinamismo* con que también es conocido.

Si como la tradición clásico-escolástica sostiene, Platón admitía en el hombre una alma vegetativa, residente en el hígado, una alma sensitiva, colocada en el corazón, y una alma inteligente, puesta en el cerebro, la doctrina platónica representaría un *tridinamismo*, según Zigliara la denomina. Pero si fuese exacta la interpretación del pensamiento filosófico, hecha modernamente, sobre textos, al parecer concluyentes, del *Fedón* y *Cratilo*, en especial por Bouillier, Platón sería un antiguo mantenedor del animismo, enseñando la presencia en el hombre de una sola alma, con las facultades de vegetar, sentir y entender, localizadas en los centros referidos.

Entre los vitalistas existen diferencias sobre la asignación de las funciones al *doble principio* de la vida humana; refiriendo unos al alma racional las funciones intelectuales y las sensitivas, y excluyendo otros las sensitivas para atribuir las con las vegetativas al supuesto principio vital. Pero realmente el vitalismo no fué reducido á sistema, ni presentado como explicación filosófica de la vida humana, hasta que en el último tercio del siglo pasado lo formuló Barthez en la escuela de Medicina de Montpellier, siendo renovado en la misma por otro de sus profesores,

Mr. Lordat, en la primera mitad de nuestro siglo. (1)

La substancia de este vitalismo antropológico compréndese en estas palabras del mismo Barthez: «los diversos movimientos que se operan en el cuerpo humano viviente deben atribuírse á *dos principios diferentes*, cuya acción no es en modo alguno mecánica, y cuya naturaleza está oculta; el uno es el alma pensante, el otro es el principio de la vida».

Los fundamentos de esta afirmación, señálosu autor en la independencia de los movimientos del cuerpo respecto de la voluntad, en la variedad y oposición de actos que en el hombre se realizan, en la imposibilidad de que sea la misma voluntad el origen de los hechos no dependientes de ella; concluyendo que todas estas pruebas imponen la distinción en el hombre entre un principio vital y una alma pensante:

(1) Para la historia del Vitalismo en todas las épocas, consúltese las citadas obras de Frédault, del P. Zeferino, y de Bouillier, tan exactas como concluyentes contra las hipótesis y los errores de toda doctrina antianimista, desde el más simple duodinamismo hasta el polidinamismo de los organicistas. Las obras *De Principio Vitali* (1773), *Nova doctrina de functionibus nature humanæ* (1774), y *Nouveaux éléments de la science de l'homme* (1778) del Dr. Barthez, y las publicaciones hechas por Lordat (1819-1857), exponiendo y defendiendo las doctrinas de su antecesor, propusieron y restauraron el duodinamismo que luego profesaron Maine de Biran, Jouffroy, Ahrens, y que llegó hasta preconizar como la única filosofía y medicina razonables, en una famosa sesión, con sal ática descrita por el eminente Raúlca, la Academia de Medicina de Paris.

«Distinción esencial, ora se imagine que estos dos principios existen por sí mismos, ó que son substancias, ora se suponga que los dos existen como atributos y modificaciones de una sola é idéntica substancia, que es indiferente se llame alma».

Tamaña vaguedad, tratándose de innovación tan grave, con sabor de reticencia unas veces, de contradicción otras, comparando textos y juicios de sus obras, (1) es uno de los caracteres más chocantes del vitalismo; y esto aun entre los partidarios de dicho sistema, que han presentado como argumento indestructible, como Aquiles en absoluto invulnerable el razonamiento siguiente: el alma racional sólo puede ser causa de aquellas funciones de las cuales tiene conciencia; no siendo conscientes las de la vida animal ú orgánica, éstas arguyen la necesidad de un principio diferente del alma racional: el principio vital; que será respecto de las operaciones de la vida orgánica lo que el alma pensante es respecto de la vida intelectual.

Ni la naturaleza, ni el modo de existencia, ni el origen, ninguna de las cuestiones que forman el conocimiento científico de un sér, han sido resueltas en orden al *principio vital*; es más, propiamente ni han sido planteadas, y hasta su pro-

(1) V. los copiados por Frédault, pág. 177, que denuncian bien lo inseguro, y aún poco probable, ó muy hipotético, que al mismo Barthez parece su *Doble principio vital*, según los textos aludidos.

posición fué ya desdeñosamente esquivada por el mismo Barthez como «nociones puramente metafísicas y teológicas»; argumento (¿?) que no desdenará ningún positivista.

El duodinamismo se apoya sobre falsas interpretaciones hechas de fenómenos reales, merced á principios igualmente falsos y contrarios á la naturaleza del hombre, según la unidad psicológica y la unidad fisiológica de todo nuestro sér.

Todas las pruebas experimentales, anímicas y fisiológicas, y todas las racionales, cosmológicas y psicológicas, de la demostración hecha del animismo ó monodinamismo respecto del principio único de toda la vida humana, por la esencia y naturaleza del alma racional, no sólo constituyen la demostración de esta tesis, sino que dejan refutadas todas las aserciones opuestas, del vitalismo, del organicismo y del materialismo, que ó por un doble principio, ó por supuestas propiedades vitales de los órganos, ó por especificidad de células nerviosas, ó por negación de todo principio específico de la vida y de la naturaleza humana, niegan ó contradicen la tesis animista.

La genuina significación de los pretextos que sirven al duodinamismo para afirmar un principio vital diferente del alma racional, es precisamente la contraria de la que Barthez y Lordat le atribuyen; y el testimonio de las correlaciones manifiestas entre actos psíquicos y fisiológicos, menos independientes, por la naturaleza misma del alma racional, de lo que se presume, son

testimonio con sus mutuas influencias, ya consignadas en el estudio precedente, de la unidad del principio de donde la vida y el pensamiento provienen.

A su vez los principios de la unidad é identidad de nuestro sér, hechos de conciencia, de nuestra individualidad personal, son inexplicables, como hemos visto, sin la unidad del principio; más todavía, exigen necesariamente este principio único de toda la vida humana para la misma posibilidad de aquellos atributos conscientes. Finalmente; la razón de *forma substancial* que solamente en cuanto principio único de toda nuestra vida puede convenir al alma racional, como nos hará ver el estudio de la constitución de la persona humana por la naturaleza compuesta de la misma, hacen igualmente imposible el vitalismo duodinamista.

Respecto de las observaciones vitalistas sobre la supuesta imposibilidad de que sea una misma la causa de las funciones conscientes é inconscientes, de que el alma racional sea también el principio de la vida orgánica, de cuyas operaciones no tiene conciencia, queda deslindado con no menor exactitud lo que de cierto y lo que de equívoco existe en objeciones tan vagas, que unas veces tienen el sabor de argumentos metafísicos, y otras el de experiencias fisiológicas, convencionalmente interpretadas.

Cuanto á su primer aspecto, los principios de causalidad, de individualidad, de unidad cons-

ciente, tan positivos que sus verdades se palpan en la naturaleza real de los seres vivientes, con todos sus actos y todas sus funciones, en todas las positivas diferencias que entre estos mismos y entre la naturaleza animada y la mineral existen, niegan todo fundamento filosófico, biológico, á los principios duodinamistas.

Cuanto á la interpretación que este sistema hizo de ciertos hechos fisiológicos, la contradicen bien legítimas consideraciones y bien personales hechos. Enumetemos únicamente: 1.º, la correlación de todas nuestras facultades y su mutua dependencia en actos unas veces voluntarios y otras involuntarios, y como del exclusivo imperio de la que denominamos vida orgánica; 2.º, la relación tanto de las funciones de ésta como las de la vida intelectual más pura á un mismo principio, revelado por la unidad de conciencia; unidad de conciencia, de nuestra unidad é identidad, imposible sin la unidad fundamental del principio, según tantas veces llevamos reconocido; 3.º, la influencia, dentro de la individualidad consciente de la naturaleza humana, de las facultades animales sobre las racionales, y de éstas sobre aquéllas, según con hechos psicológicos y fisiológicos, se ha mostrado en páginas anteriores; 4.º, la inconsciencia de actos, sin duda de origen racional, y la conciencia de necesidades y operaciones sin duda de la vida orgánica.

Todo lo cual arguye que ni el alma racional es

tan extraña á esta vida, como exageradamente supone el duodinamismo, ni ciertas funciones de las asignadas á la exclusiva causalidad del supuesto principio vital, por la hipótesis de que el alma racional sólo puede ser causa de aquellos actos de los cuales tiene conciencia, son por completo extrañas á nuestra experiencia psicológica; conforme á las doctrinas ya demostradas, y según las razones que sobre los límites de la conciencia y de la inconciencia, la falta de memoria, y los influjos reales del hábito, hemos consignado. (1)

Para concluir el estudio presente del principio de las facultades humanas, debemos consignar que tal vez el origen del vitalismo fueron las exageraciones animistas del célebre médico Ernesto Stahl (1660); como la doctrina del ilustre catedrático de Halle representa una bien justificada reacción contra el iatroquimismo y el iatromecanismo puesto en moda por los funestos errores de Descartes.

El animismo de Stahl es la exageración dia-

(1) No es lícito dar en esta obra mayor extensión á tan interesantes cuestiones, cuya cumplida inteligencia depende no poco de una buena síntesis de los principios que la Metafísica, la Cosmología y la Psicología, rectamente auxiliadas por las ilustraciones de hechos experimentales, profesan, sin que hecho alguno las contradiga, sobre la vida, su naturaleza y principio específico. Quien desee conocer con mayor extensión las doctrinas propuestas, consulte los tratados especiales, en notas anteriores recomendados con elogio infinitamente menor del que sus ilustres autores, filósofos y fisiólogos, merecen.

metralmente opuesta al vitalismo de Barthez; pues así como éste cree incompatible con el alma racional la vida orgánica, aquél, no solamente atribuye á dicho solo principio toda la vida del hombre, sino que todas las funciones fisiológicas las explica por actos racionales del alma; por la misma inteligencia y voluntad conscientes. Siendo de suma curiosidad advertir que los mismos hechos, interpretados por los vitalistas como argumento de la independencia de la vida orgánica respecto del alma, habían servido á Stahl y sus partidarios para prueba de su peculiar doctrina. Sin negar los merecimientos del Stahlismo al destronar los delirios cartesianos, en tantas cosas culpables de los errores que han sido su herencia funestísima; es manifiesta la exageración de Stahl, quien al extremar las influencias de las pasiones y de ciertas ideas sobre la economía animal, desnaturalizó la clásica doctrina del verdadero animismo, que, nunca, ni en los primeros tiempos de la Psicología aristotélica, ni en los de la Psicología cristiana, había desatendido las mutuas correlaciones é influencias de lo moral y de lo físico en la naturaleza del hombre.

Como la esencia del alma no es el pensamiento, y el alma, además de la inteligencia tiene la naturaleza de principio de la vida humana, porque la actividad ó fuerza anímica está dotada de las facultades correspondientes á su esencia y naturaleza, el alma racional puede ser, y es el principio de la vida animal, sin que la animación

del cuerpo sea acto de las potencias racionales: y siendo las observaciones de Stahl un nuevo testimonio de la unidad del principio del cual toda la vida del hombre dimana, un testimonio del animismo verdadero; (1) única doctrina que resuelve todos los problemas fundamentales de la Biología y de la Antropología, sin contradicción con ninguno de los hechos fisiológicos, sin incurrir en ninguno de los errores que tanto han dañado, y tanto dañan á la ciencia de la vida y del hombre.

Por si el testimonio y juicio de los metafísicos pareciese sospechoso, invoquemos el de los médicos; y sea Chauffard la confirmación de los juicios anteriores, y el testimonio de la necesidad de volver á la doctrina demostrada, porque ella es la verdad que puede redimir la Psicología y la Fisiología de los errores que la acechan, y del materialismo que tantas inteligencias corrompe.

«La Ciencia del hombre, escribió el eminente catedrático de Medicina, de París, bajo la inspiración de Descartes se divide en dos brazos de tal manera extraños el uno al otro, que de ningún modo parecen proceder de un tronco común, ni manifestar los diferentes aspectos de un mismo sér. De un lado, el alma y el pensamiento; del otro, y á una distancia infinita, el organismo

(1) La exposición y crítica de las doctrinas de Stahl en las mismas obras citadas.—Bouillier.—Cap. XV.

y la vida..... Cuántas verdades, cuántos puntos de vista elevados y profundos ha perdido la ciencia del alma por este arbitrario aislamiento, algún día lo dirá la historia filosófica: mostrar los errores concebidos por la fisiología por haber considerado la vida como un efecto de la organización material, y las nebulosidades y mezquinas distinciones que han amontonado para forjar un principio de la vida independiente del principio pensante, sería escribir una buena parte de la historia de las aberraciones fisiológicas y médicas. No hablaremos de aquéllos, filósofos ó médicos, que hacen de la vida un simple resultado de la organización, el efecto del juego de los órganos; ó que, creyendo evitar este grosero mecanicismo consideran la vida como una expresión particular de las fuerzas de la materia universal. Aquéllos, por numerosos y sabios que sean, encañados á la sensación no pueden buscar la unidad del sér á través del alma y la vida; ellos lo niegan todo, esta unidad, el alma, y la vida miserablemente reducida por los mismos á polvo de fenómenos. Pero si nos atenemos á las doctrinas fundadas sobre la noción primera de la causa, que buscan en los hechos los principios que los rigen, y en los seres la fuerza que los constituye, no se puede desconocer el movimiento interior y profundo que agita dichas doctrinas y que les prepara una expansión y una fecundidad nuevas. Este movimiento reanima las ciencias filosóficas; este movimiento reconquista parale-

lamente y vivifica las ciencias fisiológicas y médicas. De los dos lados se tiende á encontrar de nuevo el hombre; restablécese la unidad viviente y pensante; se busca la vida en el alma, y el alma en el organismo viviente; se sale de las separaciones arbitrarias, de las ficciones que mutilan y desfiguran la observación y las concepciones de las cosas; se entra en las realidades humanas. Las proporciones y las armonías infinitas de la obra divina, revélanse, más simples y más maravillosas, á la voz de una ciencia que no sacrifica el sér cuyo estudio se propone... Contemplando el alma desde mayor altura todavía, se la ha visto como actividad y causa propia. Desde este instante se está pronto para reanudar las grandes tradiciones: la actividad, no es solamente el pensamiento, la voluntad, la libertad; es también la vida. El alma no es únicamente el centro de la reflexión y de los movimientos voluntarios; sino que se convierte en el centro de los movimientos sin conciencia y sin libertad; es la universal causa humana, el principio de todas nuestras actividades».

Resultan, pues, como legítimas consecuencias de todos los principios, hechos y consideraciones en el capítulo presente examinados, las siguientes: que es uno solo en cada hombre el principio de toda la vida, el alma racional; que esta vida se manifiesta en dos órdenes cardinales de una misma individualidad (el animal-sensitivo y el racional-libre); y que dicho principio es la llama-

da alma, *anima*, en cuanto anima ó vivifica al cuerpo comunicándole, y en cierta acepción comunicándose, las propiedades de vivir y sentir, haciendo al cuerpo humano *un organismo de naturaleza sensitiva*, en cuanto el alma, mediante su unión con el cuerpo, forma al hombre sujeto de la sensibilidad, y de todas las demás potencias de la vida animal; y el llamado *spiritus*, en cuanto piensa y quiere, con reflexión consciente, y es por sí mismo el sujeto de la inteligencia y de todas las demás operaciones de la vida racional; siendo el alma, bajo el primer aspecto, principio y causa remota, y bajo el segundo, principio y causa próxima, aunque siempre el único y fundamental, de toda la vida humana.

Determinado el principio de nuestras facultades, y conocidas por el mismo las causas próximas y la fundamental de todos los hechos vitales, fáltanos determinar la naturaleza de este principio, por el conocimiento de sus propiedades esenciales, y bajo sus dos relaciones de alma-pensamiento, y de esta misma alma-vida; lo cual forma las últimas cuestiones del punto tercero del problema psicológico: cuáles son los atributos esenciales del alma racional, conforme á los hechos de conciencia rectamente interpretados por principios científicos, y del alma en cuanto principio constitutivo de la personalidad humana; la cual además de pensamiento es vida.